

RENOVACIÓN



SUMARIO

- De prosodia..... *Bachiller del Liceo*
- La guerra y la paz. *Anatole France*
- Contra la guerra. *Guy de Maupassant*
- Origen de los nombres divinas.. *C. Renooz*
- ¿Egoísmo....?.... *C. González R.*
- Notas..... *La Redacción*

F. HERNANDEZ

20 Cts.

Imprenta Moderna

San José de Costa Rica

RESTAURANT
PETIT PARÍS

7.ª AVENIDA ESTE, No. 42

EXCELENTE SERVICIO DE MESA

HABITACIONES ECONÓMICAS

LIBRERÍA FALCÓ

LOCAL DEL PETIT PARIS

APARTADO 638 SAN JOSE, C. R.

LA GRANDE ILUSION

(De Norman Angel, 1 volumen, de la *Colección Española Nelson*)

Agradecemos el envío de este valioso libro. En él se demuestra con pasión sencilla y energía, cuán peligrosa es la ilusión popular de la guerra como medio de adquirir territorios extraños. Su lectura es de imprescindible necesidad para los hombres que tienen alguna dirección en nuestra América.

CARACTERES

OBRA NUEVA.—POR LA BRUYÈRE

La versión castellana de esta obra que acaba de publicar la Casa Editorial F. Sempere y Compañía, de Valencia, es definitiva, así por haberla depurado de los textos erróneamente atribuidos al insigne filósofo francés como por su estilo castizo y sobrio.

Es la única edición *íntegra de Caracteres*, pudiendo servir lo mismo al erudito é inteligente investigador bibliográfico que al lector vulgar.

La traducción débese al escritor Francisco Lombardía, cuya prosa fácil y correcta ha interpretado fielmente las inmortales ironías y enseñanzas de La Bruyère.

San José, Costa Rica

— 10 de Diciembre 1913 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Director

Núm. 71

DE PROSODIA

Señor Director de RENOVACION:

* * *

En el número recién publicado de su interesante Revista, leo algo muy curioso que D. Miguel de Unamuno escribió prologando un libro de Manuel Machado. Cosas buenas nos dice siempre Unamuno; pero es autor que ha de tomarse a beneficio de inventario. Hombre que sabe mucho, el señor Rector de Salamanca, suele, con todo y eso, equivocarse como el más pintado, y como cualquier otro sabio aunque no se pinte. Suele también, y esto parece cosa suya, por más que sea muy de sabio, hablar mal de sus colegas en letra de molde, sobre todo si éstos son de fama mundialmente reconocida. Y eso lo hace de modo, que gusta leerlo.

Porque todo hombre de ingenio— y lo es don Miguel en alto grado— se hace leer o escuchar con mucho gusto y hasta regocijadamente, siempre que habla o escribe. Y por cierto que su escribir, antes parece conversación, y charla de persona ocurrente y divertida, que no estirada disertación “ex-cátedra”, de viejo pontifice universitario y humanista clasicón, criticón, pedantón.— Por eso, acaso, más que por su mérito real y hondura literaria, nos tienen tan devotos a los latino-americanos el bueno de Unamuno que, siendo al parecer tan hablador de España y de los suyos, resulta, bien mirado, gran escritor y buen patriota.

La corrección fraterna es su característica, y cuánto dice de estúpidas “arengas a los del morrión” (militianos nacionales de antaño), de “aquellas ridículas dudas teatrales de Núñez de Arce o las artificiosas e hipócritas sentimentalidades de Balart”.... lo escribe con la mejor intención del mundo en pro de la sinceridad de palabra y conciencia, y publicalo ingenuamente, para anunciarse de camino. No elogia, para que no se diga: “¿contra quién va ese elogio?...” Parece que sus paisanos son así. Suelen alabar cosas y personas, reventando, por tablas, persona o cosa particular, de su predilección envidiosa. Y para denigrar la cultura de sus lectores, de acá y allá, dice: “Mayormente ahora que acabo de lanzar también a los bárbaros mi tomo de Poesías”.

¡Lástima que en su “catedraticada” no acierte, como suele, nuestro insigne y desenfadado ironista!... Porque yerra diciendo, por pegar: “La Academia Española, entre los muchos desatinos que suelta en su gramática es uno el decir que en Castellano todas las palabras tienen acento y que todos los monosílabos son agudos”. Esta forma de sintaxis debe de ser griega. Y no parece de extrañar en quien ha dicho, poco antes: “Soy catedrático, explico además de lengua y literatura griegas, gramática comparada del latín y castellano”. Pero en ninguna de

estas lenguas, ni de las otras que se hablen, puede darse palabra, chica ni grande, sin acento, siendo éste como... "alma de la voz", al decir de un gramático viejo y sabio lingüista.

Sólo que las voces o palabras, en sus uniones, más o menos íntimas, dan su acento a la precedente o la siguiente, siendo en tales casos "enclíticas" o "proclíticas", según se agregan al fin o al principio de las que cargan con su acento. Por lo demás, enclíticas y proclíticas son especies del género "enclímeno", según Littré (Dic. t. II, p. 1374), y no precisa que una voz se junte a otra materialmente para que ambas se pronuncien como una sola palabra. De modo que el verso de Racine: "Le jour n'est pas plus pur que le fond de mon coeur", bien leído, consta de cinco palabras con acento en **jour, pas, pur, fond y coeur**. Por supuesto que el sabio Littré, con 40 años de trabajo para escribir su obra maestra, está por la Academia y contra Unamuno con sus 16 años de explicar griego, en punto al acento de toda palabra, puesto que dice en el lugar citado: "enclítica, palabra que, perdiendo su acento, se liga a la precedente de la que en realidad forma parte para la pronunciación". Y lo mismo dice la Academia, de ambas voces, enclíticas y proclíticas, sin copiar a Littré, por supuesto, sino afirmando la verdad del caso.

* * *

En efecto, la Gramática de la Lengua Castellana por la Real Academia Española, página 339 (ed. de 1911), dice: "Algunas palabras monosílabas tienen la particularidad de pronunciarse sin acento, es decir, enclíticas, apoyándose en el acento de la voz inmediata". Y llama "enclítica" toda voz que da su acento a la inmediata, sea por el principio o por el fin, sin cuidarse de "proclíticos", invención relativamente moderna del gramático alemán Her-

mann. También dice a propósito de lo mismo: "Tal sucede con el artículo, con la forma breve de los pronombres personal y posesivo, y con las preposiciones y conjunciones". Así, "la-casa de-Pedro", "di-me si-vienes" sólo son dos pares de palabras llanas, o acentuadas, cada cual, en su penúltima sílaba.

Pero entiendo que aun pudiera juntarse a esas partículas cualquier voz disílaba o monosílaba, y hasta varias voces, como "proclíticas", si bien esto, acaso, nos metería en los términos llamados "enclímenos". Por ejemplo, si alguien dice: "El sabio de Unamuno yerra por capricho", todo lector de buen oído entiende "Unamuno yerra", siendo puro "enclímeno", y por ambos lados: "el sabio de" y "por capricho". ¿Y el sordo, qué hace? Pues ese lo convierte todo en sustancia, en cuenta las Poesías que su autor "lanza a los bárbaros"... Ahora ¡gracias a Dios! "el aire me da huelgo", y puedo elogiar a quien lo merece, mayormente no teniendo margaritas que echar a los puercos de la piara epicúrea.

Las voces que nuestro admirado autor — y catedrático helenista de Salamanca — supone "átonas", o "sin acento", no lo son "per se", como dirían los viejos de allá, sino "porcuanto" dan a otras su propio y natural acento. Y así lo dice la Academia y todos lo entendemos, sin griego ni latín ni lenguas comparadas: sólo con un poco de acústica aplicada a la voz humana. Y por cierto que para estar firme yo — mero estudiante — contra el famoso catedrático, en este asunto de prosodia general, no necesito de autoridades académicas, ni de monumentales diccionarios, ni de Diomedes, gramático del siglo quinto y psicólogo de las palabras, ni de Cicerón, quien dijo "que hay también en el decir cierta especie de canto", considerando las palabras como seres vivos y animados. Para sostener mi posición basta la física de Humanidades Mo-

dernas, estudiada en el Liceo de Costa Rica.

Dice el Sr. Rector, q' "el vino" se pronuncia como una sola palabra y "él vino" como dos; pero esa distinta pronunciación "se ve", no "se oye", sino "en ciertas regiones de Castilla la Vieja", donde, según la Academia y página citadas, "se comete la impropiedad de acentuar los pronombres posesivos mi, tu, su, diciendo "mi padre", "tú lugar", "sú casa" (distinguiendo en cada expresión las dos voces que deben juntarse al pronunciarlas). Y con mayor razón pudo haberse dicho lo mismo de los pronombres personales, ya de suyo acentuados, y aun sin acento, como vemos en la célebre cuarteta de Alcázar:

"Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y a quien otros llaman vino,
Porque nos vino del cielo". . . .

donde "que" y "nos" son enclítico y proclítico, por más que "nos" haya de conservar su acento, según ley métrica del octosílabo.

Lo de que el "de", final de verso modernista, no consuene con "sé", me parece mucho pedir de Unamuno, porque ese "de" conserva su acento prosódico, tan agudo como el mismo gráfico de "sé". Y en verdad que si ello es modernismo, ya tiene fecha y se pasa de clásico, siendo así que hay buenos versos horacianos que terminan en "et" y en "nec", adverbio y conjunción, unidos, según sintaxis, con la voz inicial del verso siguiente. Cuanto al ejemplo descomunal que pone don Miguel, en son de burla:

"Brotóle al punto la conversión a la Magdalena del fondo del corazón,

conviene recordar, a ese propósito, esta deliciosa quintilla de Fray Luis de León:

"Y mientras miserable-
Mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo a la sombra esté cantando". . . .

* * *

Dicho se está que semejantes caprichos suelen lucir en poetas de verdad a quienes todo es permitido, y hasta en rectores poéticos de buen humor; pero lo deplorable, lo que a todas luces parece torpe y tonto, lo merecedor en alto grado de las burlas unamunescas, aunque anden envueltas con errores de gramática comparada, es la insaciable sed de novedades que de viejas se están cayendo, siglos hace: así como también parece impropio de hombres serios, aunque, por lo demás, sean muy dignos de alto aprecio y de admiración como escritores, el empeño que pone nuestro eximio señor de Unamuno en mal decir de académicos, poetas y prosistas, políticos y oradores, aunque entre estos últimos se halle uno de los primeros, si no resueltamente el primero entre sus más ilustres compatriotas. . . . En fin, siendo el aficionado que suscribe, amante platónico de su don Miguel, es más amigo de la verdad.

BACHILLER DEL LICEO.

La guerra y la paz

Nosotros no somos unos maniáticos del pacifismo. No tapamos con ramos de olivo la visión de la humanidad, educada en las virtudes por la ruda escuela de la guerra. El

caudillo salvaje que, al acercarse el enemigo, cierra en un recinto de carros a las mujeres, los niños y los ganados de su tribu, y acribilla al agresor de flechas y de piedras,

aquel salvaje fundó la familia y la ciudad. Las victorias de Alejandro fundaron el mundo moderno y crearon la civilización, que las invasiones bárbaras no han podido destruir y de la cual gozamos hoy todavía.

Ya veis que damos a la guerra una buena parte. Pero, en otro tiempo necesaria, ha perdido hoy la razón de ser. Este es un hecho real, cierto y que se escapa a muchos observadores, sólo porque es inmenso y porque no pueden sus ojos abrazarlo en su vasta extensión.

Fijaos: colonos, tierras y frutos de la tierra, ganados, cereales, primeras materias, productos manufactureros, numerarios, créditos, todo lo que hace la prosperidad de los pueblos y la fuerza de las razas, se ganaba antes por la violencia. Ahora es una cuestión de inteligencia entre naciones de igual civilización. Es verdad que las razas inferiores son las víctimas con demasiada frecuencia. Pero se puede creer que tan cruel abuso no será eterno. Entre los pueblos de cultura equivalente, a despecho de las rivalidades y de las desconfianzas, de buen o mal grado, la avenencia mejora cada día.

La multiplicidad creciente de las comunicaciones y de los cambios, la solidaridad forzada de los mercados financieros, el rápido desarrollo del socialismo internacional, de la federación de los proletarios, preparan insensiblemente la unión de los pueblos de todos los continentes.

La paz universal se realizará un día, no porque los hombres sean mejores, sino porque un nuevo orden de cosas, una ciencia nueva, nuevas necesidades económicas, que vemos nacer y engrandecerse, impondrán el estado pacífico, de la misma manera que en otros tiempos las condiciones mismas de su existencia los colocaban y los mantenían en estado de guerra.

La paz! En todos los tiempos el mundo ha tenido sed de ella. No nos avergonzamos de desearla; los más bravos la han deseado antes que nos-

otros. Fundir las espadas para hacer ejes de carros, este es el anhelo de los profetas de Israel, como de los poetas de Atenas y de Roma; este es el anhelo de las almas mejores y más altas de los tiempos modernos. Daremos más. Nunca se ha hecho la guerra más que para obtener la paz. Es, pues, el destino de la guerra el morir en su triunfo. ¡Que desaparezca para siempre jamás!

¡Pueblos! Acordaos de lo que ella os ha dado de poder, de miserias y de glorias; envolvedla en su mortaja de púrpura. Y aligerados para siempre de su ilustre esclavitud, pedid la grandeza y la riqueza, no a las victorias de un día, sino a la paz, que es una victoria también y la sola duradera.

¿Quién llorará la muerte de la guerra? Si entre vosotros hay todavía algunos que, nutridos de una sombría teología, la añoren y la esperen como un látigo, y vean en las batallas el sangriento holocausto agradable al dios de los ejércitos, a éstos no les he de decir nada.

¿Tenéis miedo de que matando la guerra se mate del mismo golpe el coraje, la constancia, la abnegación, las más bravas virtudes que llenan el corazón de los hombres? No, las artes de la paz, la ciencia, la ciencia pura y especulativa, la ciencia activa, aplicada a las necesidades de los individuos y de las sociedades, las obras de la civilización, fomentan también energías, excitan el coraje, crean héroes.

No es la hora de dudar, cuando la conquista pacífica del aire escoge sus numerosas víctimas entre los más jóvenes y los más intrépidos.

Que se tranquilicen los que crean que las rudas pruebas son necesarias para templar los corazones. Cuando la trompa guerrera, el son de la cual se hace cada vez más raro en el mundo, haya dejado de llamar a las razas a la carnicería, no habrá peligro de que la humanidad se duerma en las delicias de una nueva edad de oro; Astrea no bajará del Zodia-

co para instruir a los hombres en las dulces expansiones de una primavera eterna, y la miel no resbalará formando un arroyo de los troncos de los robles antiguos. El esfuerzo, el duro esfuerzo será todavía necesario a la desgraciada humanidad. El arte, el arte mismo, el arte, que parece todo él alegría y sonrisa, ¿no tiene sus mártires y, hasta en sus juegos más ligeros, no pide a los que se entregan sacrificios crueles y a veces sangrientos?

Si la lucha por la muerte es peligrosa, la lucha contra la muerte no ofrece peligros menos temibles. Es testimonio la memoria de los médicos, de los sabios, de los inventores, de todos los hombres generosos que han sucumbido alejando los males de sus semejantes.

Más, ejército por ejército ¿no sufre fatigas y privaciones, no corre peligros, no está expuesto a las heridas, a la muerte violenta, el gran ejército de los trabajadores que alimenta y conserva en sus manos el prodigioso edificio de nuestra civilización, obreros de la tierra, de las minas, de los metales, de la piedra, ejército pacífico, ejército bienhechor, que oscuramente realiza a toda hora prodigios de aplicación, de fuerza y de intrepidez? ¿En la paz universal, ¡ay!, no tendría siempre ese ejército sus héroes y sus víctimas?

Y vosotros, los últimos amantes

fieles de la guerra; vosotros que la estimáis porque la juzgáis noble, pura, heroica y que queréis declararla para servir las causas justas, como si no sirviera siempre para la justicia y la iniquidad juntamente; vosotros, ante los cuales yo me inclino porque sois leales, guardad, guardad en vuestras almas el recuerdo de sus antiguas virtudes, de cuando la espada era el árbitro del mundo. Es por la espada por lo que la guerra fue augusta. Ahora, llorad a la espada: ya no existe. El sable desnudo, que inspiraba una especie de derecho de la fuerza, ha sido reemplazado por una metalurgia y una pirotecnia costosas, que subordinan el coraje de los ciudadanos a la riqueza de las naciones. Belona ya no es hoy guerrera; es una metalurgista, es una fuerte industrial que hurta y negocia en su provecho, esteriliza y corrompe el material y las herramientas de la paz y la civilización.

Representantes de los pueblos, embajadores de las naciones, ciudadanos del universo, proletarios de los dos mundos, uníos para poner fin a esta locura del acero, más mortífera que la fiebre de la batalla; uníos para reprimir la manía criminal de los armamentos y salvar al mundo, amenazado de un mal más mortal que la guerra: la paz armada.

Anatole France.

Contra la guerra

Al solo pensar en la palabra guerra me entra un espanto como si me hablaran de brujería, de inquisición, de una cosa lejana, finita, abominable, monstruosa, contra naturaleza.

Cuando hablamos de antropófagos sonreímos con orgullo proclamando nuestra superioridad sobre estos salvajes. ¿Pero quiénes son los salvajes, los verdaderos salvajes? ¿Los que se baten para comerse a los vencidos o los que se baten por matar,

nada más que por el placer de matar?

Estos muchachos que corretean allá lejos están destinados a la muerte como los rebaños de carneros que el ganadero empuja por las carreteras.

Irán a caer sobre una llanura, con la cabeza hendida de un sablazo o el pecho agujereado por una bala, y no obstante, son gentes que podrían trabajar, producir y ser útiles.

Sus padres son viejos y pobres;

sus madres, que durante veinte años les han amado, adorado como adoran las madres, sabrán dentro de seis meses o de un año que el hijo, el pequeñuelo criado con tanto amor, fue arrojado a una fosa como un perro, despanzurrado por un obús, pisoteado, aplastado, convertido en papilla por las cargas de caballería.

¿Por qué han matado a su hijo, su guapo muchacho, su única esperanza, su orgullo, su vida? La madre lo ignora. Sí, ¿por qué se lo mataron?

¡La guerra! ¡batirse! ¡matarse! ¡destrozarse los hombres!... Y en nuestra época, con nuestra civilización, con la extensión de la ciencia y el grado de filosofía a que se cree llegado el género humano, tenemos escuelas donde se aprende a matar, a matar desde muy lejos, con perfección, mucha gente de golpe, a matar a pobres diablos inocentes, cargados de familia y que ningún mal han hecho.

Lo que más asombra es que el pueblo no se levanta airado contra los gobiernos.

¿Qué diferencia hay, pues, entre las monarquías y las repúblicas? Lo más asombroso es que la sociedad toda entera no se rebela a esta sola palabra de guerra.

¡Ah! Es que vivimos todavía bajo el peso de viejas y odiosas costumbres, de prejuicios criminales, de ideas feroces, hijas de nuestros bárbaros abuelos; somos bestias, y bestias continuamos siendo dominados por el instinto que nada puede cambiar.

¿Acaso no hemos escarnecido a todo un Víctor Hugo que supo lanzar este grito de liberación y de verdad?

“Actualmente la fuerza se llama violencia y comienza a ser juzgada: se acusa ya a la guerra. Ante el lamento del género humano, la civilización instruye el proceso contra los grandes conquistadores y los grandes capitanes. Los pueblos comienzan a comprender que agrandar un mal no es disminuirlo; que si matar es un crimen, matar a mucha gente no puede ser una circunstan-

cia atenuante; que si robar es una deshonra, invadir no puede ser una gloria. ¡Ah! ¡Proclamemos estas verdades absurdas, deshonremos la guerra!”

Vanas cóleras, indignación de poeta.

Hoy la guerra es más venerada que nunca. Un artista hábil en esta materia, un matarife genial, Moltke, respondió un día a los delegados de la paz las extrañas palabras siguientes:

“La guerra es santa, de institución divina; es una de las leyes sagradas del mundo; mantiene entre los hombres todos los grandes y nobles sentimientos: el honor, el desinterés, la virtud, el valor, y les impide, en una palabra, caer en el hediondo materialismo.”

Así que, juntarse en rebaño de cuatrocientos mil hombres, marchar día y noche sin descanso, no pensar en nada ni estudiar nada, no aprender nada, no leer nada, no ser útil a nadie, pudrirse en la suciedad, tumbarse sobre el barro, vivir como tontos en un aturdimiento continuo, saquear ciudades, incendiar aldeas, arruinar pueblos, y después toparse con otra aglomeración de carne humana y caer encima a golpes, hacer lagos de sangre, amontonar en la llanura fangosa piltrafas de carne sanguinolenta, montones de cadáveres, dejarse arrebatar brazos y piernas por los proyectiles, dejarse saltar los sesos sin beneficio para nadie y reventar sobre un rincón cualquiera de un campo, mientras vuestros viejos padres, vuestra mujer y vuestros hijos, mueren de hambre... ¡he aquí lo que se llama no caer en un asqueroso materialismo!

Los hombres de guerra son los azotes del mundo. Luchamos contra la naturaleza y la ignorancia, contra los obstáculos de toda clase para hacer que nuestra vida sea menos miserable.

Unos hombres bienhechores, unos sabios, consumen su existencia trabajando en todo lo que puede ayu-

dar, socorrer y aliviar a sus hermanos.

Se entregan a su obra útil amontonando los descubrimientos, ensanchando el espíritu humano, ampliando la ciencia, dando cada día a la inteligencia una suma de nuevo saber, a su patria bienestar, comodidad y fuerza.

Pero estalla la guerra, y en seis meses los generales destruyen veinte años de esfuerzos, de paciencia y de genio!

¡He aquí a lo que se llama no caer en un materialismo repugnante!

Nosotros hemos visto la guerra. Hemos visto a los hombres convertidos en brutos, alocados, matando por placer, por bravata, por ostentación. Cuando el derecho no existe ya, cuando la ley ha muerto, cuando toda noción de lo justo desaparece, hemos visto fusilar a inocentes encontrados en un camino y vueltos sospechosos por sus aires de miedo.

Hemos visto matar perros encadenados a la puerta de sus dueños por el placer de ensayar revólveres nuevos, hemos visto ametrallar por gusto a vacas tendidas sobre el prado, sin ningún motivo, nada más que por disparar el fusil y reír un rato.

¡He aquí a lo que se llama no caer en un materialismo repugnante!

Entrar en un país, cortar el pescuezo del hombre que defiende su hogar sólo porque lleva una blusa y no un kepi en la cabeza; incendiar las moradas de miserables que ni pan tenían, destrozarse unos muebles, robar otros, beber el vino de las bo-

degas, violar a las mujeres encontradas en la calle, quemar millones en pólvora y dejar tras sí la miseria y el cólera.

¡He aquí a lo que se llama no caer en un materialismo grosero!

¿Qué han hecho, pues, para demostrar un poco de inteligencia los hombres de guerra? ¿Qué han inventado? Cañones y fusiles; he aquí todo.

¿No hizo más para el hombre el que inventó la más pequeña cosa útil que cualquier inventor de fortificaciones modernas?

¿Qué nos queda de la Grecia? Libros y mármoles. ¿Es grande porque venció o porque produjo?

¿Fue la invasión de los Persas lo que la impidió caer en un materialismo repugnante?

¿Fueron las invasiones de los bárbaros las que salvaron a Roma y la regeneraron?

¿Acaso Napoleón I continuó el gran movimiento intelectual comenzado por los filósofos a fines del siglo pasado?

Pues bien, sí; ya que los gobiernos se toman de este modo el derecho de muerte sobre los pueblos, nada de extraño tiene que los pueblos se tomen a veces el derecho de muerte sobre los gobiernos.

Se defienden, y tienen razón. Nadie tiene el derecho absoluto de gobernar a los demás.

GUY DE MAUPASSANT.

(De "Sur l'eau", editor Marpon y Flammarion, París, un tomo).

Origen de los nombres divinos

Todas las lenguas primitivas poseen un vocablo que designa las mujeres en general, dándoles un carácter de superioridad moral. . .

En sanscrito—lengua creada y hablada en las Indias durante toda la época teogónica—la palabra "Devâ"

tiene este significado: Se llama "Devâ" a la mujer como en los tiempos modernos decimos "la Dama". Esta palabra, o mejor dicho, este título se sitúa delante de los nombres femeninos (Devâ-Nagy, Devâ-Datta, etcétera). Lo mismo

hacemos nosotros cuando decimos Señora Susana, Señora María, etc.

La palabra Devâ (más tarde Dievâ) representa el Espíritu, significa "lo que brilla por la inteligencia", y si me detengo sobre este particular es porque esta palabra ha tenido un destino extraordinario, ha servido para formar muchas palabras que han quedado en las religiones y cuyo origen conviene conocer, como las palabras "devoto", "devoción", "diva", "divinidad", "diván" (nombre dado a los poemas sagrados de los árabes), "Diev" de la que en la Edad Media se hizo la palabra francesa "Dieu", cuando comenzó a sustituirse la v por la u, es, decir, Dios.

En las lenguas eslavas la palabra "Diev" ha conservado su significación sánscrita; representa la mujer joven, la mujer amada, y los rusos os dirán que la "Dieva" es la joven, la Virgen, o bien la "novia".

* * *

En la lengua primitiva de los persas, el Zend, encontramos la palabra Mazdao, que quiere decir "grandemente sabia, omnisciente", y la palabra Ahura o Ashura que significa "viviendo una vida espiritual".

Como en los hindús, se juntarán los dos términos y tendremos Ahura-Mazda; después, andando el tiempo, de estas dos palabras se hará una sola y se dirá "Aromaza" y finalmente, debido a la deformación vulgar de las lenguas, se llegará a decir "Armuzd", palabra que quedará para designar la Divinidad de los antiguos persas.

De esta palabra Ahura o Ashura, que en ciertas regiones se transforma en Asha o Aischa (la Mujer), se forma el nombre de Asia que significa: "Tierra de las Diosas".

La palabra A-hura se ha transformado en "huria" y finalmente en "hurí". En los iberos esta palabra convirtiéndose en "Hada", y de los iberos pasó a los celtas transformada en "Fata".

* * *

En la Arabia primitiva encontramos las "Almées", término que quiere decir "la que sabe". Se decía "Alma gesta" (la muy grande) y de ahí deriva la palabra Magestad.

Esta palabra Almée es el origen de la palabra "Alma" y el oriental dice todavía a la mujer amada "alma mía".

* * *

En los fenicios, de la raíz "star" (estrella), es decir, lo que brilla, se forma Astar o Istar, y agregando el vocable "Thé", que quiere decir "perfecto", tenemos Astarté, el nombre de la gran diosa fenicia. De esta palabra "The" vendrá el "Theos" de los griegos.

* * *

En Egipto, encontramos multitud de Diosas, porque ningún pueblo como éste ha rendido un culto tan espléndido a la Mujer. Pero todas quedan relegadas a segundo plan por la gran diosa Isis, que brilló durante treinta siglos y cuyo cultocelibraban aún los galos y los romanos al principio de la era cristiana.

En Heliópolis, la Diosa Ra (lahea de los griegos) tiene un sobrenombre que quiere decir "surgida de su grandeza", es decir, que todo lo debe a sí misma.

La Diosa Hathor representa la belleza, la bondad y la verdad. Saphet es la diosa de los libros y de las bibliotecas, lo que prueba que ya entonces había escritos.

* * *

De Devâ hicieron los griegos Dia-Mater y finalmente Demeter, la gran diosa de Eleusis.

Hera es la soberana de Argos, e igual que Ceres se la apodaba "legisladora".

Atenea, llamada también Minerva, es la diosa que fundó Atenas y reinó en ella. Representa la sabiduría femenina, y su culto resumió durante mucho tiempo el sentimiento reli-

gioso de Grecia. En su honor, Atenas levantó el Partenón en la Acrópolis, que fue el templo más bello de la antigüedad.

Minerva representa la inteligencia, el pensamiento, la invención. Su nombre viene de "men" (en sanscrito "manas"), del que se hace "mens" (el espíritu).

* * *

Entre los etruscos vemos que la Devâ se transformó en Día o Dea y, en fin, en Diana.

La Bona-Dea (la buena Diosa) se convertirá más tarde en "el buen Dios" cuando la caricaturizarán los sacerdotes.

La gran diosa Junon representa asimismo la luz del espíritu. Es "el Cielo sobre la Tierra", y este simbolismo que consiste en poner el "cielo" en una personalidad viviente, tendrá en su segunda forma religiosa una interpretación peligrosa; anulando la idea primera, se pondrá las Diosas—después los Dioses que se crearán—en el Cielo, en lugar de si-

tuar éste en la Diosa. Junon lleva unas almenas sobre la cabeza para indicar que fundó ciudades. Es el arquitecto que edifica.

En todas las Escrituras primitivas se habla de los "arquitectos" (en griego archi-tekton, tekton, armazón, lo que sostiene una obra) sintetizados por el Theos colectivo (todas las diosas) que "por una serie de edificaciones hacen nacer todo lo que concurre a organizar la vida espiritual y la vida material, expresada simbólicamente por "el Cielo y la Tierra".

No quiero terminar este resumen sin nombrar la Venus-Lucifera de los etruscos, la Diosa portaluz que representa el Espíritu al mismo tiempo que la belleza y que más tarde será particularmente atacada e insultada, puesto que su glorioso nombre "Lucifera" servirá a los cristianos para designar el espíritu del Mal, el ángel de las Tinieblas, Lucifer.

C. Renooz.

(De «La Libre Pensee» de Lausanne).

¿Egoísmo.....?

Fragmentos inéditos de una novela costarricense
por CLAUDIO GONZALEZ RUCAVADO

DESDEÑADOS

I

Después de la estación seca, de la estación de los vientos que levantan torbellinos de polvo, y en que los higueros y chilamates pierden su vestido, se entroniza la estación de las aguas con relámpagos, truenos y diluvios. La tierra, requete bañada se esponja, y al poco tiempo el zacate reverdece en los potreros y en los caminos; los cafetos se adornan de néveas florecitas como jazmines; las nubes cubren el cielo; y el verde en las montañas refleja todos sus matices. Las tardes no lluviosas es-

casean, pero cuando las hay, aprovechense para orear el cuerpo y desentumecerse: las gentes se recrean en calles o parques y ponen ojos en los bellos y peregrinos celajes de este trópico, que subliman el espíritu y esperan no palabras sino la acuarela genial. Algunas tardes soleadas son traicioneras: se sale sin paraguas, confiado en el Sol, y de pronto se encapotán, cae el aguacero y empapa a los desprevenidos. Una de estas tardes, provisto de su paraguas de seda con puño de plata, Luis se fué solo, camino de La Sabana, a buscar goces inefables en la

vasta planicie alfombrada de yerba, puesto ante la majestad de las rugosas montañas y bajo el divino dosel del firmamento. Caminaba sin prisa, satisfecho de la placidez del paisaje. En el portón del Asilo Chapuí se detuvo unos minutos a ver los efectos de la luz tamizándose en las frondas del parque, y siguió luego su camino. Un grupo atravesaba a pie la calle, en dirección a la otra acera. El grupo se componía de tres personas: Felicia, la prima y Alfredo, que también paseaban. Luis los vió, y tras ellos se le fué la cabeza.

—Podría acercarme; mas si ya laavecilla salió de la jaula en que voluntariamente se preservaba, que vuele sin peligro de halcones domesticados. No me hace falta compañía, me basto. Y luego... que Alfredo... Pero éste no está en su lugar. ¿Quién le ha permitido acompañar a Felicia? ¿Por qué no está con Marta, que es su novia y que debe de esperarlo? ¡Buena la hace paseando con otras! ¡Ah, si no entretuviese a Marta... ella podría casarse con Carlos que la quiere, y cómo! Pero ya Alfredo le sobió el seso a mi pobre hermana... Por lo que veo, ese grupito pasea contento. ¡Cómo rien, qué alegres van!... Detendré el paso, y a la zaga observaré mejor... Pero a mí qué me importa. Va a creer Felicia que voy aquí por ella, y eso no me conviene. ¡Hola, lluvia tenemos! Abriré el paraguas. Dicen que cuando hace sol y llueve se casa la hija del Diablo; pero hoy le cogió tarde. Um... A quien le va a coger tarde es a mí... Apura el agua, se oscurece el día... Arrecia, se van a emparar. Debo ser cortés: les ofreceré mi paraguas. Corro a la otra acera... Muy buenas tardes, señoritas. Sírvase, Felicia, tener la bondad de aceptar este paraguas; a su primita la tapará Alfredo. Le ruego aceptarlo, que me apena muchísimo que ustedes vayan a mojarse. Esto no pasará pronto.

Felicia, levemente pálida, pensan-

do por cuán poca cosa se apenaba Luis, y mayores lo dejaban frío, contestó:

—Gracias, gracias, acepté ya el de Alfredo. A nosotros nos apenaría más que usted se mojara... Y no perdamos aquí el tiempo porque entonces sí nos caerá todo el chaparrón. Hizo un mohín de despecho y dió media vuelta.

De vergüenza, Luis vió girar en torno suyo la calle, los árboles y los edificios; lanzó una mirada cortante de odio a su rival, saludó solamente con el sombrero y adelinó a su casa.

Alfredo soportó la mirada amenazadora, y una sonrisa que el desprecio de la joven al otro provocó en sus labios, quiso por discreción ocultarla volviéndose de lado; y atribuyó el desaire a que su persona despertaba interés; y en su ardiente anhelo y fatuidad creyó llegado el instante de declarar fervorosamente su amor y de recibir el galardón.

Luis no dejó de comprender lo merecido del desprecio; sin embargo la cólera le ahogaba. Repasó en la mente lo que tocante a Alfredo sabía, por cerciorarse de que el maltratado ratoncillo se le escapaba y de que él era un gato lerdo y remolón, mientras otros felinos velaban. Sabía que su rival, de regreso de la hacienda, en donde moró un par de meses o más, enterado de que Felicia no tenía galán, tanteó serlo, con mal éxito en un principio; pero que desplegando astucia y tenacidad, últimamente, por las tardes, y a veces hasta de noche, en el mismo lugar donde para él se deslizaron en otro tiempo horas dulces, Alfredo disfrutaba de favorable acogida. Esos fueron los chismes que meses atrás, afanosas le soplaron al oído amigas de Felicia, y que nunca creyó; mas ahora ya no dudaba de ellos y menos del carácter voluble y antojadizo de la mujer. La prueba le pareció que no podía ser más evidente.

Alfredo habitaba en la vecindad de Felicia y nunca fué insensible a

los encantos de esa mujer. En cambio a ella le repugnaba el vecino, al punto de que cuando por la primera vez él intentó apoderarse del corazón de la niña, fué burlado cruelmente. Más adelante supo Alfredo que el dichoso era Luis y no pensó ya en Felicia, abandonó el campo por considerar baldíos sus esfuerzos. Cortejó entonces, con mejor éxito, a Marta, joven hermosa, trigueña, instruída y callada. La trató un verano, yendo los dos en el tren. Pronto visitó como amigo la casa; y cuando estuvo en la finca escribió a Marta, que no le contestó. Pero apenas supo que Luis había huído de Felicia, renació su antigua pretensión y estudió la manera de hacerse simpático. Una noche que con la prima y otras jóvenes Felicia se paseaba frente a su casa, se acercó él, y empezó a decirle que no creía que Luis la hubiese olvidado, sino que algo anormal y pasajero, a no dudarlo, lo alejaba temporalmente.... Y por ese tenor ascendió a confidente de Felicia y sólo para que le halagase el oído con las noticias fidedignas que de Luis podía darle, pues estaba en la creencia de que aún visitaba a Marta. En tanto Alfredo se conformaba pensando que la costumbre de verlo lo haría simpático al fin, y que la porfía mata la caza. Unas amigas pizpiretas aconsejaron a Felicia que le diese cuerda a Alfredo, quien por su gallarda figura, buena posición social y dinero, digno de rivalizar con el otro era, aunque en realidad Luis fuese más simpático y listo: táctica que molestaría doblemente a Luis, y a la larga lo obligaría a tornar como un caballero del "Amadís de Gaula" a los pies de su dueña gentil, a besar su blanca mano.

II

En vez de emperegararse e irse a la calle, o cuando menos a la ventana, para distraerse y gozar de la tarde espléndida, Marta concluyó

sus quehaceres domésticos y se fué al jardín. Limpió delicadamente las hojas, como sólo pueden hacerlo finas manos de mujer; arregló los tiestos de una preciosa colección de begonias colocadas en una gradería a modo de altar; destripó sin compasión los gusanillos, y aspiró con delicia el perfume de una centifolia cuyo tallo necesitó encorvar para oler la flor. Compuso un ramito de violetas y lo llevó a la mesa del comedor para colocarlo en un vaso de cristal montado en plata. Sentóse frente al florero, y palpando la tersura de los pétalos de las violetas, como quien acaricia un tierno infante, ocupó su corazón en pensamientos:

—Todos los hombres son iguales; incapaces de penetrar y comprender el alma femenina, y por eso, ingratos, ya que sería mucha maldad que a sabiendas cometieran felonías... Granjean nuestros corazones con su vista y palabras, persuaden a cuanto quieren con audacias, regalos y razones; pero mienten sus regalos y razones, que ojos que se van y nos dejan nunca reflejaron la verdad. O no conocen el amor o no creen en él o nos toman por cortas de juicio e insignificantes.... El otro día se lamentaba Felicia hecha un mar de lágrimas, hoy me toca el turno. ¡Desgraciada predestinación!.... Pero Felicia, con tanto repartir su pena, quizás esté curada cuando admite, según murmuran, a Alfredo. Se habrá dicho: a rey muerto, rey puesto ¡Y no piensa en mí! Por ella hice cuanto pude... ¿Me arrebató el mío en pago de haber palpitado mi pecho al unísono con el de ella?... Jamás querrá Felicia a Alfredo como yo lo amo. ¡Imposible!... ¡Que no comprendan los hombres estas cosas!...

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Marta; y como oyese pasos, púsose de pie, llevóse pronto el delantal a los ojos para enjugarlos y disimuló. Entró la madre y dijo:

—¿Estás ahí? Te buscaba... To-

do en silencio, tan en silencio, me tenía ya con cuidado.. Pero ¿qué tienes? ¿Lloras, hija mía?

—Estaba limpiando los siembros y cortando violetas para este ramo; se me ocurrió bajar la centifolia para olerla, y debe de haberme caído alguna basurilla...

—A ver, a ver. Ven acá, a la luz.

Marta se levantó y fue a que le examinara su madre los ojos. En esto sonó la puerta de la calle, y entró Luis en seguida, diciendo al verlas en su faena de curación:

—Hola, Marta! ¿Qué te pasa?

—Nada, una basurilla que mamá me busca en los ojos; pero ya no me molestan...

—Tengo que contarte algo que te importa; dijo Luis.

—¿Qué será? Todo lo tuyo me importa.

—Más tarde, más tarde. No se trata de mí. Ahora no, que estoy como agua para chocolate. Lo que sí de una vez te advierto es que no te fies de Alfredo.

—¿Por qué...? ¿Qué ha ocurrido? Preguntó Marta vivamente.

—No te fies de ese tipo, es lo que te aconsejo...

—Le tienes tema.

—¿Tema? No, niña, no. Es que ese hombre...

—Ya vas a hablar mal de él. Quisiera que pasara un día sin que lo nombrases. Te ruego que no digas nada, porque tú lo mientas sólo para ridiculizarlo; y yo te aconsejo que no lo hagas porque parece que le tuvieras envidia.

—¡Bah! ¿Envidia? A otro envidiaría, si fuera envidioso, no a ese... Mira, Marta: tranquilamente y con tu buen juicio, compáralo con Carlos: no le llega al tobillo. Carlos es una alhaja, recto, bondadoso...

—Sí, sí. Cuanto quieras. ¿Quién te ha dicho que tu hermana no estima a Carlos? Las comparaciones son odiosas. Y además, que no se puede amar a dos hombres.

—No te pido que ames más que a uno. Y ya sabes...

—Sí, ya sé...

—Bueno, hablando de otras niñas: ¿qué te parecerá si te digo que algunas conozco que así lo hacen, aman a dos?

—No lo creo, Luis. Engañarán a uno o a los dos; pero amar, amar con todo el corazón, en la primavera de la existencia, te aseguro que sólo a uno se puede. Así lo siento y así lo he oído decir a mujeres mayores que yo.

—Pregúntaselo a Felicia.

—¡Ah! ¿Estuviste con ella? ¿Volviste?... Me das vislumbre de esperanza. ¡Qué alegría! ¡Con que no eres como los demás!

—¡Quiá! ¡Qué voy a volver!

Luis, cortando de improviso el diálogo, abrazó a su madre, conversó unos minutos con ella y se metió en su cuarto.

Marta lo siguió, y desde la puerta, mientras su hermano se quitaba el saco, le preguntó, sin dejar ver su curiosidad intensa:

—¿Con quién estaba Felicia, si no era contigo?

—Con otro, con cualquiera.

—No me quieres decir....

—No es que no quiera decir.

—¿Entonces qué es? ¿Por qué atribuyes a Felicia...?

—Hago la suposición.

—Malo; tienes celos e inventas. ¿Verdad que tienes celos?

—Puede ser...

—¡Sí! ¿Qué expresión de duda tan elocuente! Exclamó Marta en un raptó de entusiasmo, porque rompió las nieblas de su espíritu conturbado un rayo vivísimo de esperanza. Y con la luz que en su mente se hizo columbró la dicha de dos corazones femeninos que se librarían de la tortura injusta de una pasión infortunada. No quiso deshacer el hechizo de su espíritu y dejó tranquilo a su hermano.

III

Al otro día, Marta salió a comprar unas telas y bordados; necesi-

taba concluir un bonito traje que estaba cosiendo cuidadosamente para estrenarlo en la fiesta religiosa del Jueves de Corpus. La habilidad de sus dedos de hada y su excelente discernimiento de lo bello, habíanle creado fama de modista entre sus amigas, que muy a menudo imitaban la composición de sus vestidos. Marta no se ceñía estrictamente a los figurines de los periódicos de modas parisienses, sino que, de varios, concertaba colores y adornos discretos, produciendo así un estilo apropiado al país y al clima, y que sin embargo no difería mucho de la moda europea; y siempre con una gracia y una elegancia que suscitaban la emulación.

Una compañera de estudios, que siempre le fue muy adicta, y deseaba hacer un vestido, salió con ella. Las dos iban cubiertas con sederos pañolones rosados; y muy animadas con la idea de que sus trajes serían primorosos, llegaron a la Avenida Central en el momento preciso en que Alfredo llegaba también; y ya fuese que él no las viera, ya que tal fingiese, no les rindió el sombrero. Aquello le pareció extraño a Marta, pero supuso que Alfredo iba distraído, así como creyó advertir que por la misma causa su compañera tampoco lo vio a él. Siguiéron las jóvenes andando, y a poco juntáronse con otras pertenecientes al círculo de sus relaciones; y en la acera, cual en una antesala, trabaron palique en alta voz; los transeúntes podían enterarse de lo que se decían; a veces hablaban casi en secreto para comunicarse alguna nueva de los pollos conocidos. Al fin despidiéronse, y Marta se encaminó a una tienda de lujo, pero alicaída, con deseos de dormirse profundamente para ignorarlo todo, para escaparse siquiera temporalmente del mundo traidor. No pensó más en bordados, pasamanerías y encajes. Entre los secretos que al oído le soplaron, uno fue a su pecho como una lanzada: para matar un cabrito no es necesario tan-

to como para tender en el monte una danta. Le dijeron sin preámbulos, que Alfredo estaba ya en grandes con Felicia, en cuya casa, al pie de una de las ventanas, todos los anocheceres, con seguridad se le encontraría en sabrosa charla con ella. Y atando Marta la descortesía al cuento, confirmó sus temores: era entonces verídico cuanto sospechaba; mas ello no le produjo cólera ni rencor contra nadie, sino desencanto y tristeza. Momentáneamente la conversación de la tarde anterior con Luis había disipado sus prejuicios y la hizo concebir esperanzas, porque naufraga casi de sus pensamientos pesimistas, se asió a la expresión dubitativa de su hermano como a única tabla salvadora; pero todo estaba perdido si Alfredo era el novio de Felicia. No obstante, echó capa de indiferencia a su angustia y ayudó a su amiga en la elección de los géneros.

—Y tú, Marta, ¿nada compras? ¿No me dijiste que te faltaban algunas cosas? Le preguntó la compañera, observándola con atención.

—He resuelto cambiar de figurín. Contestó la interpelada.

Pero la verdad era, que ya le parecía inútil alistarse para la fiesta del Corpus, si no iba a lucir ante Alfredo sus galas. Ella, como las flores, ostentaba dulzuras, trajes primorosos y fragancia para atraer la linda mariposa o la abeja trabajadora. Y continuó:—Realmente no sé si será mejor el que viene en el periódico que me prestaste, y que discutimos...

—Pero si ya tienes cortado el vestido. ¿Qué vas a hacer? Pierdes el género; le repuso la amiga.

—Veremos. En último caso no lo hago, pagaré a hacerlo.

—Niña, qué ocurrencia; ni qué cambio de figurines! Tu determinación obedece a lo que te dijeron ahora...

—¡Adiós, no! Eso no me interesa como crees. Bien sabes que Alfredo hace meses no tiene nada conmi-

go, desde que volvió de la finca. Es más, aunque sonrías incrédula, me satisface que Felicia haya secado sus lágrimas. ¡Pobrecita, cuánto padecer!

—No fue mucho; y pronto la han consolado.

—No digas eso, que he sido testigo...

—Mira, Marta, te aseguro, ahora que pasó todo, que no creí nunca en el dolor de Felicia; me pareció siempre una manera de jactancia repugnante; y más que todo, deseo de inspirar compasión haciéndose la romántica.

—Me disgusta que murmures de Felicia. Yo la quiero; y así como no toleraría que me hablasen contra ti, tampoco deseo oír mal de ella. Con que...

—Pero, niña ¿no te parece horrible andar como una mendiga solicitando compasión? Quería ser una Evangelina, una Julieta. Me dan ganas de reír a carcajadas. Me moría antes que imitarla. A los extraños no les importan nuestros sufrimientos. Prefiero irritar, que inspirar lástima. Me daría cólera que me compadecieran, y más por un hombre. No lo digo por tu hermano, sabes bien que lo estimo: hablo en general; pero habiendo tantos hombres, y siendo cual son, tan malas fichas...

—Exageras, no sabes lo que dices.

—¿Y ese tonto de Alfredo se figurará que puede encontrar mujer como tú? ¡Dejándote por Felicia!... Eso es el colmo... ¡Cómo se conoce que es un **no nos dejes**...!

—Descompones tus palabras. De veras que te has irritado contra Felicia y Alfredo. ¿No los quieres?

—¡No había de molestarme la conducta de esos títeres...!

—¿Pero de dónde sacas que ese hombre me deja? Fue y es amigo nuestro, entiendo yo.

—Vaya, ahora vas a negar. ¡A buena hora!

—Dejemos eso; dijo Marta. Te lo ruego. Me disgusta oírte así. Me parece otra persona.

—Ya lo ves, ya lo ves. Si yo tengo razón, Marta. Por más que quieras ocultármelo, yo te sé leer en el rostro.

—Lo que deseo es que compres lo que vas a comprar y regresemos a nuestra casa. Quiero llegar temprano, por mamá. Y no injurias nunca a nadie, ni murmures. Te quiero bastante, eres menor que yo y tengo derecho de reprenderte.

—Repréndeme, pero dejáme también mostrarme a ti sin rebozo, como soy; decirte lo que siento y no fingir. Soy muy amiga de la verdad, aunque incomode.

Marta soportó la impertinencia, aunque temiendo a cada momento que el corazón traicionara su voluntad, en gracia a la adhesión y fidelidad ya antiguas de su compañera. Medio muerta física y moralmente de cansancio, sin haber comprado una hebra de hilo para sí, llegó a su hogar. Y como era la hora de comer y no tenía apetito, pretextó un dolor de cabeza y se retiró. Una vez sin testigos, lloró, y decidió devolverle a Alfredo, en la primera oportunidad, las cartas y otros objetos que de él había recibido, creyéndose amada.

A la noche, la madre vino a recogerse temprano y ofreció alimento a su hija, que lo aceptó, explicando al mismo tiempo que se sentía acalanturada y muy nerviosa, debido a un fuerte resfriado. El instinto maternal, para su sayo, puso otro diagnóstico que calló prudentemente, segura la señora de que Marta, como buena hija, le descubriría el mal verdadero que la aquejaba.

FUERZA CONSCIENTE, revista ácrata. 30 céntimos número.
por el Doctor Freeman.

NOTAS

La ciencia y la realidad. — (La Science et la Réalité) es una obra muy valiosa de **Pierre Delbet** (E. Flammarion, editor, París) que viene a su vez a demostrar el error capital de quienes piensan que la ciencia es simplemente un edificio ingenioso fuera del cual está la realidad. La conclusión de Delbet es que **la ciencia no conserva las trazas de su origen humano**, en otros términos, que **la ciencia es puramente objetiva** y, por tanto, en armonía segura con la verdad.

Comienza el autor su trabajo justamente con la biología, que es la ciencia más difícil e incompleta, para probar que el cerebro humano se ha adaptado a la naturaleza en virtud del propio funcionamiento y que, por consiguiente, puede descubrir la verdad siempre que el punto de partida de la cerebración esté en el exterior.

Ese conjunto de nociones "comunes a Newton y a su cocinera", acerca de las cuales dice el metafísico "lo que todo el mundo comprende, aun yo, no tiene sentido"; ese conjunto de abstracciones corrientes (tiempo, espacio, fuerza) es precisamente el punto de partida de la ciencia. Y Delbet lo demuestra hermosamente al hacer ver como y por qué la generalización y la abstracción cuyas bases están en los objetos exteriores corresponden necesariamente a la realidad.

* * *

Electrónica y biología.—(Electronique et biologie) es otra obra muy digna de mención, del **Dr. P. Achalmé**, Director del Laboratorio Colonial del Museo de Historia Natural de París. El autor nos hace esperar que el perfeccionamiento de nuestros medios de investigación permita un día abarcar de un vistazo la innegable unidad del Universo. La

existencia de los **iones**—que hoy sabemos hasta contar y medir — y la existencia de los **electrones**—cuyos movimientos nos explican todos los fenómenos luminosos, térmicos, eléctricos y de radioactividad — hacen posible ya el intento de tal unificación de todas las ciencias positivas, sin que hayamos de salir del dominio de las realidades concretas.

* * *

Los precursores parisienses de Galileo.— En una carta dirigida en Octubre a la Academia de Ciencias francesa, demuestra **P. Duhem** (de Burdeos) que los maestros de París, rebeldes a la autoridad de Aristóteles, habían construido ya a mediados del Siglo XIV una dinámica que contenía lo esencial de los principios que habían de ser, siglos más tarde, matemáticamente precisados y experimentalmente confirmados por Galileo y por Descartes, y corregidos luego por Leibnitz. Entre aquellos maestros, señala Duhem principalmente a Juan Buridan, Alberto de Saxe y Nicolás Oresme.

Buridan enuncia admirablemente la ley de la inercia y, cosa aun más sorprendente, la aplica a todos los mundos planetarios, unificando la mecánica celeste y la mecánica terrestre, en contra de la creencia que atribuía el movimiento de los astros a la acción de seres espirituales o inteligencias separadas de la materia.

Alberto de Saxe fija y aclara en ciertos puntos la Dinámica de Buridan.

Nicolás Oresme, tras minuciosa discusión, da la preferencia a la idea del movimiento diurno de la Tierra sobre la del movimiento del Cielo; formula la idea cardinal de la Geometría analítica y da la primera justificación de la ley del camino recorrido en movimiento uniforme-

mente variado (cuya regla era quizás conocida desde antes en París y en Oxford).

Nos dice también Duhem cómo fueron esparcidas tales doctrinas en Italia a principios del Siglo XV y cuán magistralmente las exponía en el propio París el dominicano español Soto.

* * *

Metrología.—La Comisión francesa encargada de la reforma de la legislación de los Pesos y Medidas, ha presentado su proyecto al Ministerio de Comercio. Simplificamos las definiciones que más importa conocer:

Longitud y Masa.—Las unidades son el metro y el kilogramo, representados por dos prototipos internacionales depositados en Sevres.

Unidades secundarias: el metro cuadrado, el metro cúbico (estéreo, tonelada marina), el quintal métrico (100 kgrs.), la tonelada (1000 kgrs.), el quilate (20 cgrs.)

Arco y Angulo.—Las unidades son el cuadrante y el ángulo recto. Un cuadrante o cuarto de circunferencia tiene 100 grados o 90 gradas. Una grada tiene 60 minutos. Un minuto tiene 60 segundos.

Tiempo.—La unidad es el segundo, igual a $1/86400$ del día solar medio.

Temperatura.—La unidad es el grado centesimal de la escala del termómetro de hidrógeno.

Cantidad de calor.—La unidad es la caloría, igual a la cantidad de calor necesaria para llevar a 16 grados la temperatura de 1 kgr. de agua que está a 15 grados.

Capacidad.—La unidad es el litro, igual al volumen de 1 kgr. de agua privada de aire y a la temperatura de 4 grados centígrados, y bajo una presión de 76 cm. de mercurio.

Intensidad luminosa.—La unidad es la bujía decimal, igual a $1/20$ de

la intensidad del patrón Violle. El patrón Violle es una fuente luminosa constituida por una superficie de 1 cent. cuadrado tomada en un baño de platino fundido, pero a punto de solidificarse.

Flujo luminoso.—La unidad es el lumen, igual a la cantidad de luz que un punto cuya intensidad luminosa es de una bujía decimal irradia en 1 segundo sobre una superficie de 1 metro cuadrado y a 1 metro de distancia.

Iluminación.—La unidad es la lux, igual a la iluminación de una superficie de un metro cuadrado que recibe un flujo de un lumen uniformemente repartido. Unidad secundaria: el fot, igual a $1/10000$ de lux.

Fuerza.—La unidad es el Newton, igual a la fuerza que en 1 segundo de tiempo comunica a 1 kgr. un aumento de velocidad de 1 metro por segundo. Un kilogramo-fuerza equivale a 9.8 Newtones.

Energía o trabajo.—La unidad es el Joule, igual al trabajo que hace 1 Newton cuyo punto de aplicación recorre 1 metro en la dirección de la fuerza. El antiguo kilográmetro equivale a 9.8 Joules.

Presión.—La unidad es el Pascal, igual a la presión de 10 Newtones repartida uniformemente sobre una superficie de 1 cent. cuadrado.

Resistencia eléctrica.—La unidad es el Ohm internacional, igual a la resistencia que presenta a una corriente invariable una columna de mercurio de 103.03 cents. de largo y de 14.425 grs. de masa, a 0 gr.

Diferencia de potencial y fuerza electromotriz.—La unidad es el Volt internacional, igual a la diferencia de potencial existente entre los extremos de un conductor cuya resistencia sea 1 Ohm y atravesado por una corriente invariable de 1 Ampére de intensidad.

E. J. R.

Lectura Barata



se llama la Librería y Papelería que acaban de abrir
en la esquina frente al Correo



Falcó, Zeledón & Cía.

Son los socios de esa firma, nuestros amigos

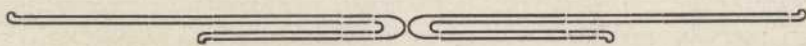
Joaquín García Monje, Billo y falcó

Ellos no quieren ser ricos. Ansan tan sólo poder
continuar la obra de cultura popular en que siempre han
estado empeñados, y vivir con independencia.

De allí que su lema sea:

 Lectura Barata 

Hay, pues, una sagrada obligación para los costarricenses
cultos, en ayudar a esos muchachos



En breve llegarán
Gran surtido de obras literarias

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 a 350 páginas
A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacaín el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, 'detective', Mark Twain.
El amor catadrático, G. Martínez S.
La enjuta, Victor Catalá.
Dios salve a la Reina!, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque, F. de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, Hedenstjerna.
Kolstomero, León Tolstoi.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, J. Benavente.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
Boda oficial, R. H. Savage.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turguenoff.
El silencio, Eduardo Rod.

Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Historias de locos, Miguel Sawa.
Nerto, Federico Mistral.
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable? W. Le Queux.
El lunar, Alfredo de Musset.
Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las rocas blancas, Eduardo Rod.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El cadaver viviente, León Tolstoi.
El reflujo, R. L. Stevenson.
María, Jorge Isaacs.
Erótica, B. Morales San Martín.
Relato de un Nihilista, A. Tchekov.
El cupón falso, León Tolstoi.
El abismo, por Dickens y W. Collins.
Alma en pena, por Bjornstjerne
El secreto del ahorcado, por Carlos Dickens.
Balada, por R. Sánchez Díaz.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTE EN CENTRO AMERICA:

RICARDO FALCÓ MAYOR

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

TODAS LAS OBRAS de esta importante Biblioteca, esmeradamente impresas y artísticamente encuadernadas, están de venta en el establecimiento PETIT PARIS.